

El arquitecto y el relojero

Jerónimo López Mozo

PERSONAJES

ARQUITECTO
RELOJERO
TRAMOYISTAS
UTILERO

La acción.

En la antigua Casa de Correos (hoy sede de la Comunidad de Madrid) entre 1995 y 1998, aunque los hechos podrían haber tenido lugar en cualquiera de los años posteriores a 1975.

Escena cero

Escenario en penumbra. A lo largo del proscenio y en los laterales se vislumbra parte de una cubierta acabada en teja a dos aguas. Al lado izquierdo, en primer término, hay una silla de brazos y un aparador con los útiles propios de un taller de relojería. El resto del espacio escénico está libre de todo aparato escenográfico. Únicamente, el fondo aparece ocupado por una gigantesca pantalla.

Mientras el público ocupa sus asientos, en la pantalla se suceden, una y otra vez, en orden cronológico, proyecciones de dibujos y grabados de la Puerta del Sol anteriores a 1768, cuando todavía no había sido levantada en ella la Real Casa de Correos.

Escena I

Cuando las luces de la sala se apagan, en la pantalla se muestra una panorámica de la Puerta del Sol tomada en 1768 en la que aparece, por primera vez, la Real Casa de Correos. Del suelo surge, a la derecha del escenario, un lujoso sillón ergonómico ocupado por un hombre que contempla en silencio ésta y otras

imágenes del mismo edificio, que se proyectan con lenta cadencia. Las tomadas a partir de 1866 incluyen una novedad: una construcción coronando la fachada en la que se aloja su famoso reloj de torre.

Coincidiendo con su aparición, entran en el escenario, por el lateral izquierdo, los TRAMOYISTAS. Detrás del aparador instalan la maquinaria del reloj, una de sus cuatro esferas, tres campanas y el templete que cobija la bola dorada. Antes de que concluyan su tarea, llega otro hombre. Cincuenta y cuatro años. Traje gris de hechura antigua. Se dirige a la silla y se pone un guardapolvo, también gris, que estaba colgado en el respaldo. Apenas se van los operarios, se sienta, enciende un flexo y, a su luz, ordena el instrumental de trabajo. Se trata del RELOJERO.

Queda fija en la pantalla, durante el tiempo que tardarían en sonar doce campanadas, una vista panorámica en la que una bulliciosa muchedumbre celebra la Nochevieja en la Puerta del Sol. Luego, el telón desprende una luz cegadora. Se oyen algunos chasquidos procedentes de un invisible proyector y, cuando cesan, la pantalla queda en blanco.

La luz del escenario crece. El hombre se levanta.

Treinta y seis años. Viste con lujoso desenfado: chaqueta deportiva de ante y pantalón de pana.

El sillón desaparece.

HOMBRE.- En principio, el proyecto me interesa.

RELOJERO.- (Alzando la vista.) ¿A qué proyecto se refiere?

HOMBRE.- A la rehabilitación del edificio.

RELOJERO.- ¿Es usted arquitecto?

ARQUITECTO.- Estoy seguro de que se puede hacer un buen trabajo.

Es todo un reto.

El Presidente me ha dicho: tiene poco más de dos siglos de vida, pero ha padecido todo tipo de dejaciones. Será necesario consolidar algunas partes.

También hay añadidos, respondí.

La cubierta de acero que cubre parte del patio es un pegote.

Un estorbo.

Una agresión inútil.

Pocos edificios tan maltratados como éste.

Esos cuerpos adicionales en la planta baja...

Me miró sorprendido.

¿Cómo sabe que son cuerpos añadidos al edificio original?

Del mismo modo que al médico no le pasan inadvertidas las

excrecencias que presentan los cuerpos de sus pacientes, esas carnosidades que alteran la textura de la piel. El arquitecto también las reconoce en sus pacientes. Nuestros pacientes son los edificios antiguos o enfermos.

¿Me ha preguntado que si soy arquitecto?

Lo soy, en efecto.

Al Presidente le ha gustado el ejemplo.

El de las excrecencias y el médico.

Ha esbozado una sonrisa.

Es evidente que mi apreciación le ha sorprendido gratamente.

Este edificio fue Real Casa de Correos, luego Ministerio de Gobernación y aún tuvo algún otro destino antes de convertirse en sede de la Comunidad de Madrid. Tanta mudanza le ha llenado de pasillos oscuros, de despachos pequeños, de lugares inútiles...

En cuatro palabras sintetice lo que él estaba diciendo: la antigua Casa de Correos se ha convertido, con el paso del tiempo, en un gigantesco contenedor de funciones confusas.

RELOJERO.- ¿Eso lo dijo usted?

ARQUITECTO.- Un gigantesco contenedor de funciones confusas.

RELOJERO.- ¿Al Presidente?

ARQUITECTO.- Al Presidente.

RELOJERO.- ¿Y el Presidente?

ARQUITECTO.- Veo que me ha entendido a la perfección, dijo. Hay que rehabilitar el edificio, pero, sobre todo, adaptarlo a su nueva función. Eso sí, respetando su valor arquitectónico e histórico.

En mi opinión, señor Presidente...

No dije: en mi modesta opinión, señor Presidente, sino en mi opinión.

En mi opinión, señor Presidente, de lo que se trata es de reinventar, sin negar, de dar a un edificio histórico una nueva función administrativa, conjugar su imagen tradicional con la que corresponde a una entidad que pretende ser la casa común de unos ciudadanos que se disponen a entrar en un nuevo siglo.

¡La casa común! ¡Un nuevo siglo!

Creo que el Presidente se emocionó.

RELOJERO.- A mi también me conmueven sus palabras.

ARQUITECTO.- En resumen, concluí: usted desea que la nueva obra se haga sobre los pilares levantados en el siglo XVIII. Y yo le digo que es una petición sensata.

El edificio fue concebido para albergar un servicio público y, aunque de otra naturaleza, esa sigue siendo su vocación.

Si como deseo, recae en mi el encargo, sepa, señor Presidente, que ofreceré una solución armoniosa que respete los cualidades arquitectónicas originales.

Actuaré con mesura y equilibrio,

con absoluto respeto a la sensibilidad estética y a los valores que estimulan el progreso humano.

A eso me enseñaron en las Escuelas y Universidades que he frecuentado en mis años de aprendizaje.

Barcelona, París, Chicago, Nueva York, Harvard, Londres, Sao Paulo, Milán, Tokio.

Hablemos de sus honorarios, dijo.

¿No quiere ver antes los méritos que aporto para aspirar al encargo?

Hablemos de sus honorarios, insistió.

Un hombre generoso el Presidente. Yo fijé la cantidad y él dio, de inmediato, el visto bueno.

En sus manos dejó el edificio.

RELOJERO.- Yo no conozco al Presidente. Nunca le he visto en persona. Tampoco a quienes le precedieron.

ARQUITECTO.- Los que le precedieron no eran Presidentes.

RELOJERO.- Eran Ministros, Directores Generales... Jefes de esto y aquello... Quiero decir que no he conocido a ninguna de las muchas autoridades que han pasado por esta Casa.

ARQUITECTO.- ¿Lo lamenta?

RELOJERO.- ¿Por qué habría de lamentarlo? A fin de cuentas, sólo soy el relojero.

(El ARQUITECTO mira por primera vez el reloj.)

ARQUITECTO.- Uno de estos días le pediré que me lo enseñe.

RELOJERO.- ¿El reloj?

ARQUITECTO.- Sí, el reloj.

RELOJERO.- ¿Quiere verlo ahora?

ARQUITECTO.- No, el Presidente me aguarda. Tiene interés en que recorramos juntos el perímetro exterior del edificio.

RELOJERO.- Es una joya.

ARQUITECTO.- Lo es, en efecto.

RELOJERO.- No se cansa uno de contemplar el funcionamiento de estos mecanismos antiguos.

ARQUITECTO.- ¡Ah, ya! Hablaba del reloj.

¿Lleva mucho tiempo ocupándose de él?

RELOJERO.- Antes de que usted naciera ya le había

dado cuerda, engrasado y ajustado sus piezas cientos de veces.

ARQUITECTO.- ¿En que Universidad se licenció?

RELOJERO.- Se burla de mí. Yo sólo soy un relojero reparador especializado en relojes antiguos. Este oficio no necesita de universidades. Para aprenderlo, basta con tener un buen maestro y poner mucho, mucho interés. ¡Un buen maestro! Por fortuna, lo tuve. Gracias a él, yo también viajé. No tanto como usted.

No, no. Yo no estuve en Barcelona, ni en París, ni en Chicago, ni en Nueva York, ni en Harvard, ni en Londres, ni en Sao Paulo, ni en Milán, ni en Tokio.

Yo estuve en Berna y en Neuchâtel visitando los talleres de la Unión Relojera Suiza.

Me hubiera gustado conocer otros relojes.

El de la catedral de Salisbury.

Es el reloj mecánico más antiguo de cuantos están en funcionamiento. Un tambor giratorio controla todos los mecanismos.

El "Maennleinlaufen" de Nuremberg.

¿Sabe que al dar las doce, unos hombrecillos desfilan al son de la música?

En el Palacio del Quirinal hay un reloj con una esfera de seis horas.

En Berna tuve ocasión de ver la Torre del reloj.

Fue cuando visité los talleres de la Unión Relojera Suiza.

Pero me quedaré sin ver los relojes de Lyon, Estrasburgo, Dantzing, Lubeck, Ulm, Praga...

(El ARQUITECTO se asoma al vacío.)

ARQUITECTO.- Curiosa plaza.

RELOJERO.- ¿Dice?

ARQUITECTO.- Me refiero a la Puerta del Sol.

(El ARQUITECTO se despide agitando la mano. El RELOJERO le sigue con la mirada. Luego, apaga el flexo. Oscuro.)

Escena II

El RELOJERO verifica el funcionamiento de la maquinaria que hace descender la bola dorada. Repite una y otra vez la operación variando la velocidad del desplazamiento o deteniéndola a mitad de su recorrido. El ARQUITECTO está al otro extremo del proscenio.

ARQUITECTO.- La fachada del edificio es intocable.
Es un goce estético e intelectual.
Está perfectamente integrada en el entorno.
Todo, en la plaza, mira hacia este símbolo del poder.
Del poder democrático.
Aquí, todavía, cuando se habla del poder, hay que aclarar a qué clase de poder nos referimos.
Los muros son sólidos, pero nadie lo diría.
Dividida y subdividida en paños de ladrillo visto y en almohadillados sillares de piedra caliza, la fachada está llena de contrastes que le dan cierta impresión de fragilidad.
La sensación de solidez la aporta el gran zócalo de granito que la recorre de un extremo a otro.
Y el aparejo pétreo de las esquinas.
Sin embargo, el que las diseñó puso buen cuidado en que no resultaran agresivas y, donde pudo tallar aristas, trazó chaflanes curvos.

(El ARQUITECTO consulta la hora en su reloj de pulsera. Carraspea. Prosigue.)

ARQUITECTO.- Es una fachada equilibrada.
Los volúmenes están clara y sencillamente definidos.
Un ejemplo de austeridad geométrica.
Austeridad que no rechaza el ornamento.
Los adornos superfluos son como los adjetivos, que si no dan vida, matan.
No es este el caso, desde luego.
Nada sobra en la fachada.
El frontón triangular es un legítimo y discreto tributo al clasicismo.
Los escudos, el medallón, los trofeos, las grandes ménsulas, los leones, la rejería y las guirnaldas están bien donde están.
De modo que la fachada conservará su primitiva fisonomía.
Eso también significa que, bajo ningún concepto, se incorporará elemento alguno que pueda modificar la visión adquirida por el edificio desde su origen.
Eso es todo por mi parte.
¿Alguna pregunta, señores?
Tal vez me haya expresado mal.
Al decir que la fachada es intocable, me refiero a que no será alterada en lo esencial.
Actuaremos sobre ella para renovar los materiales dañados por el paso del tiempo.
Limpiaremos y sanaremos la volumetría exterior. Eso, además de recuperar las texturas. Es decir, los contrastes

cromáticos.

¿Más preguntas?

Usted.

¿Reparación, restauración, embellecimiento...?

En otras palabras, desea que precise los límites de la intervención.

En general, se detendrá en el punto justo en que puedan ser satisfechas las necesidades propias de un edificio del siglo XXI sin borrar las mejores huellas del pasado.

Allí veo una mano alzada.

Le escucho.

En efecto, me he referido a las mejores huellas del pasado.

La lápida que recuerda la gesta del pueblo de Madrid, el levantamiento contra el ejército invasor no es, como usted señala acertadamente, un elemento antiguo.

Es un añadido reciente.

La lápida, en sí, no es una huella del pasado.

Fue colocada a principios de siglo.

Pero los hechos rememorados en la lápida sí pertenecen al pasado.

Tuvieron lugar en mayo de 1808.

Son parte de nuestra historia.

¿De acuerdo?

Debe permanecer ahí.

Intocable, como la fachada.

Al acometer esta obra emblemática, nuestro objetivo es satisfacer, desde nuestra responsabilidad de hombres públicos, el cumplimiento de un doble compromiso: el artístico y el social. Queremos que la contemplación del edificio provoque goce estético e intelectual. Pero también que sea visto como sustento vivo y positivo del obrar colectivo del hombre.

Con estas palabras, el Presidente concluyó la rueda de prensa.

RELOJERO.- ¿Asistió usted?

ARQUITECTO.- Estuve a su lado durante el acto.

RELOJERO.- ¿Intervino?

ARQUITECTO.- El arquitecto se expresa a través de su obra.

Al arquitecto le sobran los discursos.

Los discursos, para los políticos.

Forman parte de su trabajo.

No es bueno que un arquitecto tenga que explicar lo que hace.

Lo hace y lo muestra.

Construye y, cuando termina, quita vallas, andamios y ...

¡Voilà!

RELOJERO.- En este caso, veremos la fachada tal como la ha descrito el Presidente.

ARQUITECTO.- ¿Lo duda?

Suscribo, una a una, sus palabras.

Coinciden con mi idea.

Si no las suscribiera, no hubiera estado a su lado.

Si mantuviéramos alguna diferencia de criterio, no instalaría, para cubrir y proteger la obra, anclado al andamiaje, un panorama transparente que ofrecerá una visión espectral de la piel de la fachada. Así, nadie dudará de que el elemento oculto seguirá siendo el que perdura en la memoria de todos.

(El RELOJERO interrumpe su trabajo y mira al ARQUITECTO.)

RELOJERO.- El Presidente y usted, uña y carne.

ARQUITECTO.- Como decimos ahora, hay, entre nosotros, buena química.

RELOJERO.- ¿No le ha dicho que es usted un artista inteligente y práctico?

ARQUITECTO.- En voz alta, todavía no.

(Oscuro.)

Escena III

El RELOJERO calienta café en un infiernillo.

Los TRAMOYISTAS traen un tablero de dibujo, un taburete, un carrito portaplanos, una mesita baja, una planta de interior y una caja de cartón de unos grandes almacenes.

ARQUITECTO.- (Señalando al lateral derecho.) El tablero ahí.

Eso es.

El taburete delante.

Los planos, la mesita...

Tal vez, demasiado baja.

Puede que la cambie por otra.

Ya veremos.

La planta al lado del tablero.

La caja, déjenla donde no estorbe.

Yo mismo sacaré las cosas.

Supongo que está todo lo que pedí.

Si falta algo, ya se lo diré.

Bien. Creo que, de momento, no les necesito.
Gracias.

(Apenas salen los TRAMOYISTAS, se dirige al
RELOJERO.)

ARQUITECTO.- Creo que durante algún tiempo vamos a trabajar cerca uno de otro. Me parece que éste es el lugar idóneo para establecer el puesto de mando.

RELOJERO.- No encontrará mejor sitio para controlar la obra.

ARQUITECTO.- (Mirando hacia el interior del patio.) Estoy de acuerdo. (El ARQUITECTO saca de la caja algunos objetos que va dejando sobre la mesa: artículos de oficina y de dibujo, documentos encuadernados, algún libro, una fotografía familiar, un servicio de café, vasos de parafina, una botella de ginebra de importación, una caja de galletas, varios paquetes de pañuelos desechables...)

RELOJERO.- Cuando el Presidente le visite, le veré de cerca.

ARQUITECTO.- Claro.

RELOJERO.- Vendrá con frecuencia.

Supongo.

ARQUITECTO.- Con tanta como le permitan sus ocupaciones.

RELOJERO.- Si se dirige a mí, si me saluda, le invitaré a que vea el reloj.

Les invitaré a los dos. A usted y a él.

Usted todavía no conoce sus tripas.

Es un reloj extraordinario, créame.

Tiene dos trenes de sonería.

Uno para las horas y otro para los cuartos.

Una rareza en los relojes de torre.

Sólo dan las horas.

Sin embargo, lo más sobresaliente del reloj, lo que le diferencia de cualquier otro, es el tipo de escape.

Los constructores de relojes de torre solían utilizar el ánora con retroceso, el ánora con reposo o el escape de clavijas y, en los mejores ejemplares, el escape de gravedad. El escape de gravedad, en los mejores ejemplares. El escape de este reloj es especial.

Especial.

El ánora se acopla a una rueda de escape de treinta dientes.

Treinta dientes con un perfil que asegura el nulo retroceso de la rueda. Un perfil tipo Brocot. Sorprendente, ¿verdad?

¿En qué país de Europa existe un reloj de torre con este escape?

¿Quién lo conoce?

¿Un café?

ARQUITECTO.- ¿Por qué no?

(El RELOJERO sirve café en la taza que hay junto al infiernillo. El ARQUITECTO bebe, a pequeños sorbos, de la que acaba de sacar de la caja. El RELOJERO apura la que ha llenado.)

RELOJERO.- El Presidente y usted, en sus conversaciones, quizás,

hayan hecho algún comentario sobre el reloj.

ARQUITECTO.- ¿Tiene interés en saberlo?

RELOJERO.- No interprete mal mi curiosidad.

Me pregunto cómo afectará al reloj la reforma del edificio.

Una pregunta inoportuna, desde luego, ya lo sé.

Me disculpa que, en el pasado, no han faltado voces autorizadas que han abogado por desmontarlo.

Seres sin sensibilidad.

Nada que ver con el Presidente o con usted.

Olvide lo dicho.

Ustedes no lo harán.

Al contrario, si acaso, aprovechando las obras, decidan mejorar la escalera de acceso, también el alojamiento de la maquinaria necesita un repaso...

ARQUITECTO.- En este momento las prioridades son otras.

RELOJERO.- Me hago cargo.

ARQUITECTO.- (Dejando la taza.) El café, excelente.

RELOJERO.- De puchero.

ARQUITECTO.- Insisto. Excelente.

RELOJERO.- ¿Otro, tal vez?

ARQUITECTO.- ¿Para cuándo el trabajo?

¿Qué tal si esperamos al próximo recreo?

(El RELOJERO asiente.)

RELOJERO.- No apago el fuego. Así no se enfría. **(El RELOJERO permanece en el mismo sitio observando la actividad del ARQUITECTO. Éste, examina los planos que hay en el carrito. Extiende uno sobre el tablero. Se trata del de la planta del edificio. Lo contempla detenidamente.)**

RELOJERO.- Perdón...

ARQUITECTO.- Sí...

RELOJERO.- Una pregunta indiscreta... ¿puedo?

ARQUITECTO.- Adelante.

RELOJERO.- ¿En cuánto estima la duración de las obras?

ARQUITECTO.- Digamos que año y medio.

RELOJERO.- Año y medio.

ARQUITECTO.- (Apartando la vista del tablero.) ¿Le parece demasiado tiempo?

RELOJERO.- No sé. No sabría hacer un cálculo.

ARQUITECTO.- Tenga en cuenta que estamos hablando de un edificio enfermo. Un edificio que aparenta buen aspecto, pero que, por dentro, está podrido.

RELOJERO.- ¿Podrido?

¿Cómo se sabe que un edificio está podrido?

¿Crujen las vigas?

¿Se agrietan los muros?

ARQUITECTO.- Se le hace un chequeo. Un estudio de patología.

RELOJERO.- Un chequeo. Un estudio de patología. ¿Usted ha hecho un estudio de patología del edificio?

ARQUITECTO.- No. El Presidente se lo encargó a un laboratorio.

Según el diagnóstico, habría que dinamitarlo.

Un regalo envenenado, este edificio.

RELOJERO.- ¿Desde cuándo lo sabe?

ARQUITECTO.- ¿Qué más da?

RELOJERO.- Lo sabe, lo sabía... Y a pesar de eso, ha instalado su despacho y se dispone a... ¿a qué? A dinamitarlo no.

ARQUITECTO.- Con el informe en la mano, podría hacerlo.

RELOJERO.- Podría... Eso ha dicho. Pero no lo hará. Demoler la Casa de Correos le llevaría unos días. Algunos más, si rescata las chimeneas de mármol, los espejos, las arañas de cristal, la rejería... ¿Dos semanas? ¿Un mes? ¿Qué haría en los diecisiete meses restantes? Usted ha dicho que las obras durarán año y medio. ¿Qué clase de obras?

ARQUITECTO.- Lo sabrá a su tiempo.

Tenga paciencia.

Hace un momento su única preocupación era el futuro del reloj.

Ahora, le inquieta lo que se haga en el edificio...

RELOJERO.- ¿Le sorprende?

Es el pedestal del reloj.

ARQUITECTO.- Un pedestal de lujo.

RELOJERO.- Desde luego.

ARQUITECTO.- Aunque el lujo está en la fachada, no en sus entrañas.

RELOJERO.- En las entrañas hay cosas valiosas.

ARQUITECTO.- La escalera principal tiene un bello trazado, sí.

La sala noble es magnífica. El techo conserva la decoración primitiva.

Lo demás, pasto para la piqueta.

Recovecos, tabiques que dividen habitaciones que fueron grandes, pasillos largos y estrechos...

¡Tanto laberinto!

RELOJERO.- También hay cosas que es preciso rescatar.

Me refiero, en concreto, a...

ARQUITECTO.- Sean las que sean, no tema por ellas.

Nada que merezca ser salvado desaparecerá.

Me imagino cual es su estado de ánimo ante el panorama que he descrito.

Pero debe serenarse.

El edificio es una ruina, sí, pero nadie ha pensado en derribarlo.

Esa tarea, o la de apuntalarlo, se la hubiera dejado a otro.

RELOJERO.- Me alivia que no lo haya hecho.

Usted es un arquitecto prestigioso.

Que no haya tirado la toalla, es buena señal.

ARQUITECTO.- ¿Me ve abatido?

RELOJERO.- Yo, en su caso, lo estaría.

ARQUITECTO.- No hay motivos.

Venga el otro café.

RELOJERO.- ¿Ya?

ARQUITECTO.- ¡Lo sé! ¡Lo sé! Aún no es la hora del recreo.

(El RELOJERO sirve el café y lo beben repitiendo el ceremonial anterior.)

ARQUITECTO.- La rehabilitación se llevará a cabo.

RELOJERO.- ¿A pesar de...?

ARQUITECTO.- El proyecto ha sido reformado.

Era imprescindible.

Personalmente, estoy satisfecho de las modificaciones introducidas.

RELOJERO.- ¿También el Presidente?

ARQUITECTO.- Cuento con su plácet.

¿Le tranquiliza saberlo?

RELOJERO.- Desde luego.

ARQUITECTO.- Está entusiasmado con el nuevo planteamiento.

¿Puedo confiar en su discreción?

Es lo que, en el fondo, deseaba el Presidente.

Lo que deseaba y no podía hacer.

Ni siquiera podía confesar que lo deseaba.

RELOJERO.- ¿Se lo confesó a usted?

ARQUITECTO.- Sí.

Por eso voy a hacer realidad su sueño.

El Presidente se siente atado por la prudencia que guía los actos de los políticos.

RELOJERO.- La prudencia, en política, es una necesidad.

ARQUITECTO.- Para el artista, un freno.

Sólo el atrevimiento conduce lejos.

El estudio de patología aconseja la demolición del edificio, pero ofrece otras alternativas.

Alternativas traumáticas.

Alternativas que, por ser traumáticas, obligan a plantearse la rehabilitación como un reto que sólo se puede asumir con ciertas dosis de audacia.

Hay que amputar las partes dañadas.

Son muchas.

Muchas y muy profundas las heridas, también.

RELOJERO.- ¿Cicatrizarán?

ARQUITECTO.- Desde luego.

Pero no se pueden disimular con parches.

Los miembros amputados serán sustituidos.

RELOJERO.- ¿Por prótesis, quizás?

ARQUITECTO.- ¿Prótesis?

Prótesis, reparación, artificial...

Me gustaría encontrar una expresión más adecuada para referirme a los nuevos miembros.

RELOJERO.- ¿Distintos a los antiguos?

ARQUITECTO.- Concebidos para otros usos.

No debe preocuparnos tanto su forma como la función que cumplirán.

Lo importante, en todo caso, es que, en lo que haga, quedarán plasmados los anhelos del Presidente.

RELOJERO.- Y, al tiempo, dará rienda suelta a su creatividad.

ARQUITECTO.- ¿Le asusta?

RELOJERO.- Me gustaría decir que no.

ARQUITECTO.- Pronto quedarán despejadas sus dudas.

Mi obra será una muestra de luz y de transparencia que eliminará los rincones más oscuros de este edificio. Tras esa fachada que certifica su edad, surgirá un espacio amplio, sin barreras. Será la materialización de un diseño austero, sin concesiones a la retórica. Un espacio de resonancias minimalistas. Un espacio inocente y virgen. Un espacio en blanco, como las páginas de un cuaderno sin estrenar, puesto a disposición del hombre actual para que escriba su historia.

RELOJERO.- ¿Eso quiere el Presidente?

(Suenan dos campanadas.)

ARQUITECTO.- Las dos ya. La hora del recreo.

**(El RELOJERO sirve más café.
El líquido desborda la taza y el plato.)
(Oscuro.)**

Escena IV

Ruido de piquetas, martillos neumáticos y poleas.

Sobre el tejado se proyecta la sombra de una gigantesca grúa. El RELOJERO contempla como, suspendido de un cable, un enorme contenedor cilíndrico lleno de escombros surge del patio y, sobrevolando el tejado, desaparece por un lateral. Se oye el fragor de la descarga. Poco después, el contenedor vacío retorna al patio.

El RELOJERO se vuelve hacia el despacho del ARQUITECTO. Comprueba, contrariado, que éste no se encuentra en él. Da muestras de desasosiego, que aumenta cuando el contenedor, cargado de nuevo, repite el viaje. Mientras sigue el recorrido con mirada atenta, el ARQUITECTO llega. Tras la nueva descarga, el RELOJERO repara en su presencia.

RELOJERO.- ¿Usted?

Le esperaba.

ARQUITECTO.- ¿...?

RELOJERO.- Las obras...

ARQUITECTO.- Avanzan a buen ritmo.

RELOJERO.- Está vaciando el edificio.

¿En qué se diferencia esto de una demolición?

ARQUITECTO.- Sigo, al pie de la letra, el plan establecido.

RELOJERO.- Cuando lo explicó, entendí otra cosa.

ARQUITECTO.- Seguramente, entendió mal.

RELOJERO.- Usted habló...

ARQUITECTO.- De un espacio en blanco.

RELOJERO.- También de amputar solo las partes dañadas.

ARQUITECTO.- Advertí que eran muchas.

RELOJERO.- ¡Pero tantas!

ARQUITECTO.- ¿Desde cuando supervisa mi trabajo?

¿No le parece excesivo tanto celo?

RELOJERO.- Disculpe. No se enfade conmigo.

Todo es fruto de la ignorancia.

De mi ignorancia sobre cómo se llevan a cabo este tipo de trabajos, ¿cómo decirlo?, delicados.

Porque éste es, sin duda, un trabajo delicado.

Un trabajo en el que, el empleo de ciertas herramientas, parece, a primera vista, inadecuado.

Hablo de herramientas de demolición.

Yo creía, ya veo que erróneamente, que, en esta tarea, los obreros actuaban como, como... ¿Los arqueólogos?

Como los arqueólogos.

¿Por qué no?

Es decir, examinando cada detalle con lupa para no destruir lo que es conveniente conservar, manejando con delicadeza piquetas como de juguete, barriendo el polvo con pequeñas escobillas...

**(El ARQUITECTO, que ha seguido con contenido
disgusto las palabras del RELOJERO, rompe a reír.)**

RELOJERO.- ¿De qué se ríe?

¿De qué se ríe?!

¿He dicho algo gracioso?

ARQUITECTO.- ¡Lupas! ¡Piquetas de juguete!
¡Pequeñas escobillas! Lo poco que había de valor estaba bien a la vista.

Nada que mereciera ser conservado ha sido destruido.

¡Nada!

RELOJERO.- Es posible que tenga razón si el valor al que alude es el artístico,
incluso el material.

Yo pensaba en otros objetos menos llamativos,
en esos que pasan desapercibidos, pero tienen un valor,
un valor, ¿cómo decirlo?

ARQUITECTO.- Sentimental.

RELOJERO.- También sentimental,
aunque no me refería a eso.

En este edificio han ocurrido cosas que no debemos olvidar.

ARQUITECTO.- ¿Le parece?

Mi opinión es distinta.

Lo que nos interesa saber, sucedió,
sucede,

fuera del edificio, en esa plaza.

¿Tanto tiempo asomado a la Puerta del Sol y no se ha dado
cuenta?

RELOJERO.- Conozco ese escaparate mejor que usted.

No hay, en Madrid, mayor ni más original teatro.

Escenario y platea son una misma cosa.

Público y actores andan revueltos.

Desde este palco asisto a diario a lo que en él se representa:
farsas, comedias, dramas...

De vez en cuando, alguno es sonado y sangriento.

ARQUITECTO.- Y heroico.

De ellos se alimenta la Historia.

RELOJERO.- Pero en tiempos de silencio hay otro
teatro.

Es un teatro clandestino.

Se representa en sótanos, en lugares sórdidos, sin público.

Los actores son, casi siempre, poco conocidos, pero
interpretan papeles importantes.

Durante años, muchas, muchas sesiones, tuvieron lugar
aquí, así que no era raro que, al mismo tiempo y a escasos
metros de distancia, fuera se representara a bombo y platillo
una comedia y dentro, una tragedia.

ARQUITECTO.- Me parece, querido amigo, que, sin
pretenderlo, nuestra conversación ha ido derivando, poco a
poco, a un terreno que me es ajeno.

Supongo que no me ha llevado a él de forma deliberada.

En todo caso, lamento haberme metido en él.

Le sugiero que para plantear cuestiones como la que le
preocupa, llame a otras puertas, tal vez en alguna le
atiendan, aunque me pregunto si los hechos a los que usted
se refiere, cuya naturaleza desconozco, y sus protagonistas
tienen enjundia para ser recordados.

RELOJERO.- La tienen.

ARQUITECTO.- Si es así, ya se les hará justicia.

RELOJERO.- ¿Cómo si borra las huellas que dejaron?

ARQUITECTO.- Como arquitecto, las huellas que me preocupan son otras.

RELOJERO.- Todas son importantes.

Le acuso de estar destruyéndolas.

ARQUITECTO.- Una imputación grave.

RELOJERO.- Lo es.

ARQUITECTO.- Aguarde a conocer los resultados de mi intervención.

RELOJERO.- Será tarde.

ARQUITECTO.- ¡Me ofende!

Ahí tiene la fachada. Intacta.

RELOJERO.- Oculta.

ARQUITECTO.- Oculta, no.

Protegida por un panorama.

RELOJERO.- De dudosa transparencia. Es como una escenografía que no deja ver lo que hay detrás.

ARQUITECTO.- Cuando retire la tela, la Real Casa de Correos seguirá en su sitio.

No soy un escamoteador.

RELOJERO.- No será la misma.

Se parecerá, por fuera, a la que conocemos.

Por dentro, será otra. **(Una nueva descarga del contenedor le impide continuar hablando.)**

(Oscuro.)

Escena V

El ruido de la descarga se prolonga como si ésta se estuviera produciendo lentamente.

Cuando cesa, el RELOJERO enciende el flexo y, bajo su luz, mecanografía, en una vieja Olivetti, lo que él mismo se dicta. Lo hace con voz balbuceante y tan tenue que los únicos sonidos que llegan nítidos son los del tecleo, acción en la que sólo emplea los dedos índice, y el producido por el carro al volver al principio de la línea.

Tras meditar si le falta algo que añadir al escrito, saca la hoja y la repasa. Satisfecho, introduce otra y reanuda la tarea. Repite el proceso.

Finalmente, escribe una dirección en un sobre, pliega las hojas y las introduce en él. Pasa la lengua por el borde engomado y lo cierra.

Se levanta y apaga el flexo.

Escena VI

Casi sin transición, apenas se ilumina la escena, el ARQUITECTO entra en su despacho e interpela al RELOJERO, que continúa de pie, aireando el sobre y las hojas que había en su interior.

ARQUITECTO.- ¡Directamente al Presidente!

¿Por qué no a mí?

RELOJERO.- El asunto que planteo no es de su incumbencia.

Eso me dijo usted.

ARQUITECTO.- Pudo darme la carta para hacérsela llegar.

O ahorrársela.

Yo le hubiera transmitido personalmente su mensaje.

RELOJERO.- No quise molestarle.

ARQUITECTO.- Sin embargo, el Presidente me ha entregado su escrito.

Y el inventario que adjunta.

RELOJERO.- Ha hecho mal. Usted no es el destinatario.

ARQUITECTO.- Su contenido me afecta.

RELOJERO.- ¿Porque digo que los objetos que figuran en el inventario estaban entre los escombros de la demolición?

ARQUITECTO.- Se refiere a ellos como si se tratara de materiales importantes.

RELOJERO.- Lo son.

ARQUITECTO.- (Leyendo el inventario.) Una máquina de escribir Olivetti, una lámpara potente, una cámara fotográfica marca Kodak, una grabadora magnetofónica, tres cerrojos, un manojo de llaves, una palangana, una barra de hierro, ocho gafas rotas, quince juegos de esposas, ocho pares de guantes, tres pasamontañas, seis casquillos de bala oxidados, cinco sellos de caucho, un tampón, veinte legajos atados con balduques que contienen cientos de expedientes, miles de fichas con las fotos de los que pasaron por las dependencias de la Dirección General de Seguridad, una baldosa con manchas que pudieran ser de sangre, dos trozos de pared con restos de grafitos, otro con un nombre arañado en el yeso. **(Dejando de leer.)** En su carta propone que en el edificio remozado se reserve un espacio para instalar estos objetos.

RELOJERO.- No necesariamente grande. Del tamaño de una celda.

En la pared del fondo, los nombres de los detenidos por cuestiones políticas que fueron maltratados en los calabozos.

En las otras paredes, sus fotos.

Cientos de rostros.

En el centro de la sala, bajo la intensa luz de la lámpara, el mobiliario y todo lo necesario para llevar a cabo un interrogatorio.

Formando parte del suelo, la baldosa manchada.

En una vitrina, los grafitos, las estampillas y una selección de documentos. Fotos que han perdido la emulsión de gelatina. Fichas dañadas por la humedad. Expedientes que se deshacen al tocarlos.

Ese espacio, debe estar en los sótanos, bajo una de esas ventanas bajas abiertas en la fachada, que servían de respiraderos.

ARQUITECTO.- ¿Por qué ahí?

RELOJERO.- Los familiares de los detenidos burlaban la vigilancia de los guardias y se acercaban a ellas. Por las voces sabían si los suyos seguían vivos. Junto a una de esas ventanas, deberían instalarse las estatuas en bronce, a tamaño natural, de la mujer de un recluso y de su hija en actitud de escuchar alguna señal.

ARQUITECTO.- Vano intento. Ya dijo el Presidente, con meridiana claridad, que el edificio será la representación cabal del poder moderno. No tendrá ninguna otra función.

RELOJERO.- ¡Un edificio sin memoria!

ARQUITECTO.- En el proyecto, se respeta la memoria histórica.

RELOJERO.- No.

ARQUITECTO.- En la fachada, una placa recuerda el alzamiento del pueblo de Madrid contra los mamelucos del ejército francés.

RELOJERO.- ¿Dónde pondrán la que recuerde que en 1931, desde el balcón principal, fue proclamada la segunda República?

ARQUITECTO.- Es un hecho reciente,
de ayer.

RELOJERO.- ¡De 1931!

ARQUITECTO.- 1931.

Ayer.

RELOJERO.- ¿Cuántos años han de pasar para que merezca ser recordado?

ARQUITECTO.- Los necesarios.

RELOJERO.- ¿Cuántos, insisto?

ARQUITECTO.- No están fijados de antemano.

RELOJERO.- ¿Dos, tres generaciones?

ARQUITECTO.- Por ejemplo.

RELOJERO.- Dos o tres generaciones mirando hacia otro lado, ejercitándose en el olvido voluntario.

Luego, la amnesia.

También para lo que menciono en mi carta.

ARQUITECTO.- Recientes o antiguos, los hechos a que usted se refiere, nada tienen que ver con plazos.

(Señalando la carta.) Aquí habla de un individuo que se arrojó o fue arrojado por una ventana. El lugar de esa historia está en las páginas de sucesos de cualquier periódico. ¿O acaso pretende que el episodio es un acontecimiento histórico por el hecho de que la ventana por la que se precipitó pertenece a un edificio tan notable como éste?

RELOJERO.- ¿Habla por usted o por boca del Presidente?

ARQUITECTO.- ¿Qué más da si en esto, como en tantas otras cosas, pensamos lo mismo?

RELOJERO.- Quiero que me reciba.

ARQUITECTO.- ¿Para decirle qué?

RELOJERO.- Que el hombre sin recuerdos se convierte en un ser estúpido.

En un cadáver.

Sólo vive el que recuerda.

Mirar hacia atrás desde el presente es un buen modo de asomarse al provenir.

Más.

Que es un error relegar al olvido solo los sucesos abominables.

Ignorarlos, es como cerrar heridas en falso.

Más.

Para decirle que ser Presidente no le autoriza a hipotecar la memoria.

Que es inútil que lo intente.

La memoria es rebelde.

Rebelde.

(El ARQUITECTO rompe la carta y el inventario.)

RELOJERO.- ¿Qué hace?

ARQUITECTO.- Olvídense de la carta, del inventario de objetos desechables, olvídense.

Usted pretende convertir este edificio en el parque temático de la represión franquista.

RELOJERO.- Reivindico un espacio mínimo, un espacio

al que se acceda traspasando la puerta de una celda, suficiente para que quepan el detenido, unos cuantos policías y un funcionario sentado delante de la Olivetti, de la Olivetti que figura en el inventario que usted acaba de romper, un lugar semejante a los que existían aquí, abajo, en los sótanos, en los que a cada momento, casi de forma rutinaria, los policías hacían la rueda al detenido, la rueda, ya sabe, se reían, le insultaban y se lo enviaban unos a otros por medio de puñetazos y de patadas.

ARQUITECTO.- ¿Por qué me cuenta esto?

RELOJERO.- Usted se empeña.

Preferiría estar ante el Presidente.

ARQUITECTO.- No le aconsejaré que le reciba.

RELOJERO.- Para él, lo que cuento no es nuevo.

ARQUITECTO.- Razón de más para no hacerle perder el tiempo.

RELOJERO.- Aunque es posible que necesite que le recuerde lo que sucedía cuando el detenido oía deslizarse el cerrojo, rassss, anuncio de que una nueva sesión estaba a punto de comenzar.

Entraban los de la brigada político-social.

Y el tipo de la Olivetti, con la Olivetti a cuestas.

El detenido se ponía tenso, desafiante para disimular el miedo.

(Mientras el RELOJERO habla, en la pantalla se suceden diversas imágenes: el calabozo visto desde el exterior a través de un ventanillo, detalles de su interior, su ocupante sentado en una silla y esposado, fotografía de frente, de perfil, sus huellas dactilares, otra vez sentado, primer plano de la máquina de escribir, el carro con el papel en blanco, las manos en reposo del funcionario mecanógrafo, la rueda, imágenes borrosas de la rueda, el detenido recibiendo bofetadas, incertidumbre y terror en su mirada, sangre en la boca, un ojo tumefacto, sangre en la camisa, en el suelo, en la pared, otro detenido con los ojos en blanco, otro detenido, otro, otro, otros, todos los detenidos con los rostros desfigurados, los cuerpos rotos, instantáneas que pasan veloces, los rostros antes y después de los interrogatorios, las manos del mecanógrafo sobre el teclado, en el papel, los primeros renglones de la declaración del detenido, más declaraciones, firmas al pie, sellos por todas partes, de nuevo las imágenes anteriores, en desorden.)

RELOJERO.- Los policías querían saber, de la forma que fuera, claro, saber, por ejemplo, quiénes, además de los detenidos, atentaban contra la seguridad del Estado, qué tramaban cuando fueron sorprendidos.

Les refrescaban la memoria.

¡A ellos no les estaba permitido perderla!

Se la refrescaban ahí abajo, seis galerías de celdas, se dice pronto, a veces repletas.

Todos habían posado ante la Kodak que he rescatado del contenedor, ella captó las fotos que están grapadas a las fichas, también arrojadas a la basura, como los guantes, los pasamontañas, las barras de hierro, todas esas cosas que servían para que los policías hicieran su trabajo con la mayor eficacia.

A la luz cegadora de una lámpara, incluida también en el inventario, los funcionarios matones, después de reír, de fumarse un cigarrillo para relajarse, de bostezar, la rutina aburre a veces, después de esos prolegómenos que aprovechaban para observar al pobre diablo, para calcular su valor o su miedo, se metían en harina.

Cuenta lo que sabes, maricón, hijo de puta.

Plaf, flap, patch, sock.

Un escupitajo a la cara, ppptuh.

Palizas. Vejaciones.

Hábil interrogatorio llamaban a eso.

No conocían la clemencia.

Crack, aaauugh, aaah.

Transformaban a seres humanos en amasijos de carne.

Los que se hundían, los que sucumbían a la tortura, dictaban su sentencia de muerte al mecanógrafo, y, de paso, provocaban la caída de otros.

Tac, tac, tac, tac, tac.

Cada vez que se pulsaba una tecla, doscientas pulsaciones por minuto, el ruido recordaba al de los disparos de las armas cortas, tac, tac, tac, tac...

¡Firma ahí! Ras, ras y ras, un trazo temblón.

Los que lo negaban todo, habla de una vez, leche, nos haces perder el tiempo, ¿te ha comido la lengua el gato?, vomitaban sangre, sobre la camisa, sobre el suelo, sobre las paredes.

Los que se quedaban, ya me entiende, eran trasladados en secreto al cementerio o arrojados por alguna ventana al callejón de atrás, como le sucedió a ese hombre que mencionaba en mi carta.

Pesa el cabrón.

Solo falta un piso.

¡Abrid la ventana!

¡Aúpa!
¡Buen viaje!
Boum. Boum. Boum.

(Hace rato que el ARQUITECTO ha apartado la vista de la pantalla, pero a sus oídos llegan, amplificados, unos sobre otros, los golpes, las risas de los policías, los quejidos, el tecleo de la maquina de escribir, ruidos irreconocibles...)

ARQUITECTO.- ¡Basta!

(Las imágenes desaparecen y el RELOJERO calla.)

ARQUITECTO.- Le ruego que me haga entrega de los objetos que figuran en ese inventario.

RELOJERO.- ¿Para instalarlos? ¿Atenderán mi propuesta?

ARQUITECTO.- No.

RELOJERO.- ¿Más adelante?

ARQUITECTO.- Llamemos a las cosas por su nombre.

El comunismo no existe.

El muro de Berlín lo sepultó.

No hay razones para rendirle homenajes, ni a sus militantes.

Las hay para borrar sus nombres donde todavía estén escritos.

¿A qué tanto empeño por levantar un monumento a un montón de cadáveres pestilentes?

RELOJERO.- Cadáveres, sin más. Cadáveres de comunistas. Cadáveres de muchos comunistas. También de anarquistas. De socialistas. De liberales. De monárquicos. De traidores a la causa. De ciudadanos desagradecidos. De españoles. De españoles.

Cadáveres de españoles, en definitiva.

ARQUITECTO.- Es usted un nostálgico peligroso.

RELOJERO.- ¿Y si el Presidente, después de escucharme, estuviera de acuerdo conmigo?

Insisto en hablar con él.

ARQUITECTO.- En esta hora, es más importante administrar que recordar, más aún si lo que se quiere recordar es, además de reciente, demasiado reciente, inoportuno. Entrégume los objetos que tiene en su poder.

RELOJERO.- No lo haré.

ARQUITECTO.- ¿Dónde los guarda?

RELOJERO.- Los tengo a buen recaudo.

ARQUITECTO.- Daré con ellos (Volviéndose hacia el

lateral.) ¡Llamen al utilero!

(Sale el UTILERO de entre bastidores.)

ARQUITECTO.- ¿Tiene bajo control el atrezzo?

UTILERO.- Cada cosa está en su sitio.

ARQUITECTO.- Tráigame la cámara de fotos, los cerrojos, la palangana, las fichas...

UTILERO.- Si se refiere a los objetos que figuran en la lista que ha leído hace un momento, el único que forma parte del atrezzo es la Olivetti que se ha empleado en la escena anterior para escribir la carta.

ARQUITECTO.- ¿La Olivetti?

UTILERO.- Está todavía en escena. **(Señalando el aparador.)** Ahí. En el primer oscuro, desaparece.

ARQUITECTO.- (Al RELOJERO.) ¿Es falso el inventario? **(El RELOJERO calla.)**

ARQUITECTO.- No lo creo... **(Al UTILERO.)** Busque bien. Revise la sala de la maquinaria, el templete... Si es necesario, que le ayuden los tramoyistas.

(El UTILERO, no muy convencido de que deba seguir las instrucciones del ARQUITECTO, permanece inmóvil.)

RELOJERO.- Cuanto hay aquí, está a la vista.

No consiento ningún registro.

ARQUITECTO.- Le recuerdo que el edificio, todo el edificio, está, mientras duren las obras, bajo mi custodia. **(Al UTILERO.)** ¿A qué espera?

(El UTILERO avanza tímidamente.)

RELOJERO.- Un momento. No seré testigo del allanamiento.

ARQUITECTO.- Como prefiera.

Puede ausentarse.

Definitivamente.

(El RELOJERO se acerca a la maquinaria del reloj.)

ARQUITECTO.- ¿Qué hace?

RELOJERO.- Detener el tiempo antes de irme.

ARQUITECTO.- ¿Ha perdido la razón?

RELOJERO.- Es muy sencillo. Estos ejes ruedan sobre

casquillos independientes.

ARQUITECTO.- ¿Qué tiene que ver el tiempo con los ejes y los casquillos?

RELOJERO.- Cualquier pieza es desmontable sin necesidad de desarmar íntegramente el reloj.

ARQUITECTO.- Quítela. Conseguirá parar el reloj, no el tiempo.

RELOJERO.- No es lo mismo, desde luego.

Pero hay muchos que no lo saben.

Cuando la gente alce la vista y vea las agujas inmóviles, o cuando en la noche de fin de año se concentre para celebrarlo y no suenen las campanas, ni, a las doce, descienda la bola, tendrá la impresión de que el tiempo se ha detenido.

Querrá saber por qué.

Alguien tendrá que dar una explicación. ¿Usted?

No, usted no. El Presidente.

¿Y que dirá el Presidente?

¿Qué importa lo que diga, si no ofrece soluciones?

¿Qué solución sugerirá, señor arquitecto, cuando el Presidente le llame en su auxilio?

ARQUITECTO.- Reparar el reloj.

¿La hay mejor?

Una pieza rota o sustraída, o sustraída, se cambia por otra.

RELOJERO.- Fabricada a mano.

Insisto, fabricada a mano.

Para este mecanismo tan antiguo no hay repuestos. **(El RELOJERO coge una rueda de escape que hay en el aparador.)**

ARQUITECTO.- ¡La fabricaríamos!

RELOJERO.- A mano, ya digo.

Sin prisas. Con mimo.

Así estoy construyendo esta rueda de escape.

La que hay instalada en el reloj, tiene los dientes gastados.

Cualquier día dejará de cumplir su cometido. Antes de que tal cosa suceda, esta ocupará su lugar.

Es un trabajo delicado.

No sería bueno que, una vez sustituida la pieza, el reloj se adelantara o se atrasase... Ni siquiera un minuto.

Un minuto no es nada, dirá usted.

Me apresuro a decirle que no me obsesiona la exactitud.

No soy un fanático de ella.

Suele ocurrir, sin embargo, que si se tolera una pequeña desviación en la medida correcta de las cosas, se acaba sucumbiendo al desorden.

Hace más de cien años que los ciudadanos se guían por este reloj para poner el suyo en hora.

Sería escandaloso que se llegara a perder el rigor horario.
Busque a un especialista en la materia.

ARQUITECTO.- ¿Cuántos relojeros como usted hay en activo?

RELOJERO.- Vamos quedando pocos.

ARQUITECTO.- ¿A quién me recomienda?

RELOJERO.- Sólo respondo de lo que yo hago.

(El ARQUITECTO despide al UTILERO con un gesto.)

ARQUITECTO.- Renuncio, de momento, al registro.

Continúe en su puesto.

RELOJERO.- ¿Hasta cuándo?

ARQUITECTO.- Hablaré de su asunto con el Presidente.

Es lo que quería, ¿no?

Hasta que resuelva lo que proceda, le hago responsable del correcto funcionamiento del reloj.

RELOJERO.- (Devolviendo la pieza al aparador.) Lo era antes de que usted viniera.

Ahora, no tanto.

Pudiera ser que el funcionamiento de esta máquina tan delicada se viera afectado por las vibraciones de los martillos neumáticos y de los compresores, o a causa del polvo.

Por las vibraciones o por el polvo, o por ambas cosas.

El polvo se mete por los resquicios más pequeños.

Esas partículas son tan finas, ¿verdad?

En tal caso, mi responsabilidad sería nula, pues estoy avisando del peligro.

Nadie tendría derecho a acusarme de negligente.

Si alguien lo hiciera, me vería obligado a salir al paso.

ARQUITECTO.- ¿Ha terminado?

RELOJERO.- Sí.

ARQUITECTO.- (Comiéndose las palabras, a punto de dejar el despacho.) Cerrajero de mierda.

(Queda solo el RELOJERO. Acaricia la rueda de escape. Oscuro.)

Escena VII

El RELOJERO manipula, sobre el aparador, la rueda de escape.

El ARQUITECTO entra en su despacho.

El RELOJERO alza la vista.

ARQUITECTO.- (Al tiempo que fija al tablero algunos pliegos de papel milimetrado con dibujos hechos a mano alzada.) ¡Buenas noticias!

¡Se acabaron las vibraciones!

¡El polvo voló!

¿Molestias?

Alguna, todavía.

La mayor, el chisporroteo de las soldaduras.

Cosa leve.

¿No se alegra?

¿Qué quiere?

¡¿Qué más quiere?!

RELOJERO.- ¿Qué hay del otro asunto?

ARQUITECTO.- De momento, está aparcado.

Usted lo sabe.

Y conoce las razones.

RELOJERO.- ¿Hasta cuando los obstáculos?

ARQUITECTO.- Hoy por hoy, el Presidente está atado de pies y manos.

RELOJERO.- ¿Tengo que creerlo?

ARQUITECTO.- Los expedientes que usted asegura poseer, tenían que haber sido destruidos en el setenta y siete.

RELOJERO.- ¿Por decisión de quién?

ARQUITECTO.- Fue un acuerdo tácito de las fuerzas políticas durante la transición. Era aconsejable pasar la página y así se hizo. Oficialmente, no existen.

RELOJERO.- Hay papeles y documentos que se resisten a desaparecer. Sobreviven a la hostilidad de los hombres y del tiempo. Piden salir a la luz, como estos.

ARQUITECTO.- ¡Los papeles no piden nada!

RELOJERO.- Hablan por los muertos.

ARQUITECTO.- ¡Bah!

(El ARQUITECTO se sirve ginebra en un vaso de parafina. Lo apura de un trago. Se sirve más.

Mientras bebe, examina los dibujos del tablero. El RELOJERO vuelve a su quehacer.

Los TRAMOYISTAS van depositando sobre el tejado triángulos y prismas hechos con perfiles de acero.)

RELOJERO.- Se acabará la reforma antes de que vea atendida mi petición.

ARQUITECTO.- No es poco lo que falta por hacer.

RELOJERO.- En cuatro meses, despachado.

ARQUITECTO.- ¿No ha encontrado otra palabra para referirse a un trabajo que requiere sosiego?

RELOJERO.- No la he buscado.

Pero si lo hiciera, dudo que diera con otra más adecuada.

ARQUITECTO.- La que se acomete ahora, es la fase más gratificante para el creador.

Es la hora del artista.

Usted es el único que lo ve de otra manera.

Se niega a admitir que el arquitecto, además de resolver cuestiones prácticas, asume la tarea de satisfacer el anhelo de vida del género humano.

RELOJERO.- Filosofía barata.

Filosofía de andar por casa.

Pamplinas.

ARQUITECTO.- El resentimiento le dicta cuanto dice.

Me resulta incómodo tenerle cerca, me desagrada escucharle.

Lamento haber tolerado que abusara de mi confianza.

Vivo amargado por sus impertinencias,
por sus amenazas.

RELOJERO.- No he parado el reloj, si se refiere a eso.

ARQUITECTO.- Hubiera sido un acto irresponsable.

RELOJERO.- Aún puedo hacerlo.

ARQUITECTO.- Le creo capaz de intentarlo.

RELOJERO.- ¿Trataría de evitarlo?

ARQUITECTO.- Téngalo por seguro.

RELOJERO.- ¿Cómo?

ARQUITECTO.- No consentiré que se lleve ninguna pieza del reloj.

RELOJERO.- ¿Por qué habría de llevármela?

¿Para qué la querría yo? **(El RELOJERO golpea con un pequeño martillo la rueda de escape hasta deformarla y lograr que se desprendan algunos dientes.)**

RELOJERO.- (Mostrándola.) ¿De qué me serviría una pieza así?

(El ARQUITECTO aplasta el vaso entre sus dedos.)

ARQUITECTO.- No es justo lo que hace conmigo.

Es otra forma de tortura, quizás no tan distinta de la que usted denuncia con tanto ahínco.

Sabe que, por razones estéticas y de oportunidad, no apruebo que se habilite en este edificio un espacio para

exponer los restos que usted, en nombre de una memoria innecesaria, ha salvado del vertedero al que estaban destinados.

Sabe de sobra que, a pesar de ello, dejando a un lado mi punto de vista, he elevado su demanda a las más altas instancias.

A ellas también les parece intempestiva.

¿De qué me acusa?

¿De poner velos a la Historia?

¿De hacerla añicos?

¿De ser un censor?

Ya no conversamos como antes.

¿Por qué?

RELOJERO.- Desconfío de lo que hace y de lo que dice.

ARQUITECTO.- Quiero que sepa qué me falta por hacer en este edificio, lo que persigo.

No me interrumpa, por favor.

Cuando acabe, juzgará si soy el apóstol del olvido que usted ve en mí o un soñador de futuros.

A nadie me debo, más que al hombre.

A él dedico mi obra.

En ésta, he pretendido crear un espacio a la medida del nuevo ciudadano.

Lo es el patio, convertido en una especie de atrio gigantesco y austero, que asume la condición de lugar imparcial.

He querido dotar a este núcleo central del edificio de una intensa luminosidad, hacer que la luz, filtrada a través de una cubierta transparente, geometría de acero y de vidrio, resbale por las paredes hasta derramarse por el pavimento.

(Desde poco antes, los TRAMOYISTAS han empezado a instalar, a la altura del tejado, la cubierta.)

Odio los espacios cerrados.

Por eso amo la arquitectura de cristal.

El vidrio refleja el cielo, deja pasar la luz del sol, es enemigo del misterio.

Suprime las sombras.

Pone claridad en la actividad que tiene lugar en su interior.

La luz natural penetra en el edificio enriquecida de cromatismos y matices que dan un sentido especial a su presencia.

Bajo esta cubierta, bajo esta epidermis de cristal, el hombre se sentirá otro.

Sabrán que están en el lugar justo en el que los sueños del ciudadano contemporáneo pueden hacerse realidad.

¿Cree sinceramente que este recinto de esperanza es el sitio

más indicado para instalar su habitáculo de pesadilla?

RELOJERO.- Quizás, mejor que ningún otro.

No veo contradicción en ello, sino coherencia.

A mi me gustan los edificios construidos con materiales que envejecen con las personas, la madera, el ladrillo, la piedra...

El vidrio no envejece o lo hace tan despacio que apenas se aprecia.

Sin embargo, permite esparcir la luz sobre lo que hay al otro lado, verlo, ver, por ejemplo, la reconstrucción de la celda, si el Presidente, si usted, permiten que se lleve a cabo, verla, no para que esos ciudadanos de nuevo cuño sufran pesadillas, sino para que nunca nadie les hable de asuntos que desconocen, que les atañen, y tengan que preguntarse, preguntarnos a nosotros, también al Presidente, a él sobre todo, qué sucedió aquí cuando éramos pequeños o no habíamos nacido, erais todos demócratas o sólo unos cuantos, dónde están los que no lo eran, dónde los que sí, qué fue de ellos, qué fue de ellos, porque aquí, entre nosotros, en muchas familias hay ausentes de los que no se habla porque se fueron o se los llevaron.

Algunos pasaron por aquí, en las fichas están sus nombres y sus rostros, en los expedientes sus vidas ejemplares o sus vidas a secas, de sacrificio.

En este recinto de esperanza cabe su recuerdo.

Si su recuerdo falta en esta casa que quiere ser de todos, en el hueco que quede algún día, personas de su confianza, ustedes mismos, irán echando la suciedad, primero el barrido de la jornada, poca cosa, más adelante, confiando en que, llegado el caso, la inmunidad de que gozaron otros les alcance, paletadas de basura, lodo cada vez más espeso.

Cuando lo desborde todo y no pueda ser evacuado sin escándalo, el Presidente ordenará que deje de limpiarse la cubierta que está instalando, su cubierta, quiero decir la de usted, y la película de polvo que se forme irá apagando la luz cenital, la luz que usted quiere para su obra.

Otra iluminación vendrá a reemplazarla, remedo de la que difunden los vitrales de las catedrales góticas o inspirada en la calidoscópica de las discotecas, provocando reverberos de colores llamativos.

Iluminación para la modernidad cegata.

El severo saneamiento a que ha sometido al edificio y el baño de luz que se anuncia han expulsado a las sabandijas.

Volverán.

(Oscuro.)

Escena VIII

La estructura de acero y de vidrio ya ha sido instalada. los TRAMOYISTAS desalojan el mobiliario y demás objetos del despacho del ARQUITECTO, el UTILERO coloca sendos atriles en los espacios reservados a éste y al RELOJERO. En cada uno deposita unas cuantas cuartillas. Apenas desalojan el escenario los operarios, el RELOJERO y el ARQUITECTO entran por los laterales. El ARQUITECTO, vestido con traje de etiqueta, se dirige al RELOJERO, que se ha situado frente a su atril.

ARQUITECTO.- Se cumplieron los plazos establecidos. El telón de la fachada ha sido retirado. El Presidente está satisfecho con mi trabajo. Ha elogiado la sensación de sosiego que transmite mi arquitectura, la distribución de espacios, su adecuado uso, que la huella que he dejado haya sido discreta huyendo de un protagonismo que asumirán otros, él, el primero. Poeta de la luz y de la transparencia me ha llamado. Misión cumplida. Sólo queda la ceremonia de inauguración. Será en unos minutos, en el patio. Podrá verla desde aquí, a través de la cubierta. Una posición privilegiada. No hay mejor tribuna. Pero no he venido a esto. Otro es el motivo de mi visita. Traigo un encargo. Del Presidente, por supuesto. Quiere que le haga saber dos cosas. La primera tiene que ver con el reloj y con su mantenimiento.

RELOJERO.- ¿Sabe algo el Presidente de mis...?

ARQUITECTO.- De sus amenazas, nada. Solo las conozco yo.

Si sabe, en cambio, que la maquinaria que le mueve es vieja, que está necesitada de muchos cuidados, usted se los prodiga, de eso también está informado, no ignora los riesgos de averías y la dificultad de repararlas, usted lo señaló, ¿se acuerda?

El Presidente no quisiera que un edificio que aporta a la ciudad tanta carga simbólica tenga en el reloj, hasta hoy el elemento más popular de cuantos le integran, su talón de Aquiles.

RELOJERO.- ¿Qué piensa hacer?

ARQUITECTO.- Sustituir la maquinaria.
Expertos suizos se ocuparán de instalar otra más moderna que funciona con cristales de cuarzo.

¿La conoce?

RELOJERO.- (Acariciando la maquinaria.) Los cristales de cuarzo vibran cien mil veces por segundo. Las vibraciones se cuentan, se almacenan, se controlan y se utilizan para establecer la hora de manera muy precisa. El error máximo es de dos milésimas de segundo al día. Cero coma cero tres segundos al año.

ARQUITECTO.- Eso es.

RELOJERO.- ¿Dónde iremos a parar este montón de engranajes, levas, palancas, volantes, pesas, resortes, ejes, piñones, espirales, y yo?

ARQUITECTO.- La maquinaria, al Museo de la Ciudad. Es su sitio.

En cuanto a usted, el Presidente ha sido muy generoso.

Le quiere aquí.

Su segundo mensaje le será muy grato.

Considera razonable que el edificio disponga de un espacio destinado a los fines que usted propuso.

Como ve, es sensible a sus argumentos y premia su obstinación.

No puede, por ahora, atender plenamente su demanda.

Lo hará tan pronto como las circunstancias políticas se lo permitan.

Mientras tanto, aprovechando el espacio que deje libre el desalojo de la maquinaria, desea que usted ordene en él los objetos que ha recuperado, los que forman parte del inventario, supongo que usted conservará una copia, nunca me perdonaré la torpeza de haber destruido la que envié, confío en que me haya perdonado, ojalá.

Ordénelos de acuerdo con la idea que usted ya tiene de como debe ser ese espacio testimonial, de modo que la instalación provisional anuncie como será la definitiva que, en su día, se muestre al público.

Bien. Llegó el momento de la despedida.

RELOJERO.- ¿Se va?

ARQUITECTO.- Me esperan otros encargos.

RELOJERO.- Falta la última escena.

ARQUITECTO.- ¡Oh, no!

En mi libreto, no hay más escenas.

Nadie me ha dicho que quedara nada por representar.

RELOJERO.- El texto que falta lo tenemos en los atriles.

ARQUITECTO.- (Examinando de mala gana el suyo.) Un añadido de última hora. ¿De qué va?

RELOJERO.- El autor pone en mi boca algunas reflexiones sobre la arquitectura de cristal.

ARQUITECTO.- ¡Hola!

Tengo curiosidad por conocerlas.

RELOJERO.- Reconoce que es hermosa.

A él también le gusta.

Por ejemplo, cuando en una fachada aparece el reflejo de algún antiguo edificio próximo, tiene la sensación de que las arquitecturas de todos los tiempos se integran en una sola.

¿Quién puede mostrarse indiferente ante la armonía de esos conjuntos?

Pero tanta luz y transparencia le provocan algunas dudas. Teme que, en ocasiones, el vidrio sea más opaco que el hormigón.

Es tan atractiva esa arquitectura que emplea materias duras y frágiles a un tiempo, que atrapa las miradas hasta embriagar los sentidos.

Deslumbra hasta convertir en invisibles los objetos que ilumina.

La fascinación y el escándalo provocados por la pirámide de cristal del Louvre impidió descubrir actuaciones discutibles en otras dependencias, Dalí escondió las heridas que la guerra civil habían causado en el escenario del teatro municipal de Figueres, sede de su museo, bajo una estrambótica cúpula reticular y transparente, en Berlín, al viejo Reichstag le han lavado la cara y han puesto corona de cristal a la sala de sesiones del parlamento. Curiosa corona que no permite ver, a los ciudadanos que suben hasta ella, el interior del edificio, mientras que los políticos que les representan pueden verles a ellos desde los escaños, sin ir más lejos, aquí, usted, ha puesto un gorro de cristal a un cuerpo al que ha despojado de sus viejas vestiduras hasta dejarle desnudo.

ARQUITECTO.- ¿Dice algo más el autor?

RELOJERO.- En realidad, prolonga la acción hasta el momento en que los invitados llegan a la fiesta y empiezan los discursos.

ARQUITECTO.- Después, abajo el telón.

¿De acuerdo?

(Sin aguardar respuesta, el ARQUITECTO coge sus cuartillas, las dobla, las guarda en el bolsillo y sale apresuradamente.

El RELOJERO repasa atentamente las suyas. Luego, saca de debajo del aparador legajos, cajas llenas de fichas y de fotos.

Cuando desata los balduques de aquellos, docenas de

expedientes se esparcen sobre el suelo. En la cubierta de vidrio se refleja la luz procedente del interior del edificio. El RELOJERO se asoma al patio. A sus oídos llegan, débiles, las notas de un himno. Regresa al atril.

Lee atentamente. Se dirige a la esfera del reloj y desplaza las agujas hasta situarlas a las doce en punto. Al tiempo que suenan las campanadas, la bola empieza a descender. El RELOJERO actúa sobre un resorte que hay en el templete que la acoge. La esfera dorada se desprende y cae.

La imagen de la esfera en la pantalla, el impacto contra la vidriera, el impacto repetido como si cayeran muchas bolas, estallido de la superficie acristalada. Por los agujeros abiertos, el RELOJERO arroja fotos, fichas, expedientes.

El escenario resume dos espacios: el del fondo del patio y el que conocemos.

Lo que el RELOJERO tira y los cristales rotos regresan en forma de lluvia desde el telar. Caos. Gritos.

Silencio.

El ARQUITECTO aparece con el rostro descompuesto, el traje destrozado, heridas cortantes en el rostro y en las manos.)

ARQUITECTO.- ¿Qué ha hecho?

RELOJERO.- Seguir el libreto al pie de la letra. (El RELOJERO se dirige al atril. Lee.)

RELOJERO.- Cuando el Arquitecto sale de escena, el patio interior de la Casa de Correos se ilumina. El Relojero se asoma y contempla, a través de la vidriera, a los invitados que van llegando. Reconoce a algunos de ellos, cuya presencia en ese acto no llega a comprender. Frecuentaron el edificio en otros tiempos y hasta tuvieron despacho en él. Le sorprende la facilidad con que han olvidado su antigua forma de saludar, con el brazo en alto, y lo pronto que han aprendido a estrechar la mano. También le llama la atención que, entre los asistentes, figuren personas que fueron visitantes obligados de aquel lugar y que, por su desenfadada forma de actuar, parecen haberlo olvidado. Cosa extraña, pues su desmemoria no puede ser tanta que no reconozcan los rostros de sus anfitriones de entonces. El Relojero intuye que si a esas personas, demócratas a carta cabal, no les importa estrechar las manos que un día les abofetearon o que firmaron los expedientes que les llevaron a la cárcel y a otros ante el pelotón, poco puede confiar en recibir apoyos para su proyecto. El Relojero teme que los asistentes a la fiesta no se conformen con pasar algunas

páginas de la historia reciente, sino que hayan pactado cerrar el libro. Así, pues, se dirige al templete que cobija la bola, la desprende y la arroja contra la vidriera. Por el hueco que abre lanza los documentos que recuperó a tiempo. **(El ARQUITECTO ha sacado del bolsillo sus cuartillas y las repasa en voz baja.)**

ARQUITECTO.- ¡Espere!

RELOJERO.- A continuación, el Relojero se precipita al vacío. Fin de la acotación y de la obra.

(El RELOJERO va hacia la vidriera.)

ARQUITECTO.- ¡No lo haga!

RELOJERO.- ¿Hay otra forma de conseguir que el libro siga abierto?

ARQUITECTO.- ¡No a costa de salpicar de sangre mi obra!

(El RELOJERO se arroja al patio. El ARQUITECTO cierra los ojos.

Cuando los abre, parece despertar de un largo y profundo sueño.

A excepción del espacio ocupado por el reloj y su maquinaria, el resto está en penumbra. Busca un lugar en que sentarse. Lo hace en el sillón ergonómico que de nuevo ha surgido del suelo y fija la mirada en la pantalla blanca. Poco después, entran los TRAMOYISTAS. Uno trae la bola del reloj para reponerla en su sitio. Mientras lo hace, otro retira los atriles. Los demás introducen en escena el mobiliario del despacho del ARQUITECTO.)

TRAMOYISTA.- Señor...

ARQUITECTO.- (Volviéndose, sorprendido.) ¿Qué hay?

TRAMOYISTA.- ¿Dónde ponemos los muebles?

ARQUITECTO.- ¿Los muebles?

¡Ah, sí! Los muebles. Veamos. **(El ARQUITECTO se levanta.) (El sillón desaparece.)**

ARQUITECTO.- (Señalando al lateral derecho.) El tablero ahí.

Eso es.

El taburete delante.

Los planos, la mesita...

Tal vez, demasiado baja.

Puede que la cambie por otra.

Ya veremos.
La planta al lado del tablero.
La caja déjenla donde no estorbe...

(El ARQUITECTO descubre los cortes de cristales en las manos. Solo entonces advierte que viste el traje de etiqueta destrozado.)

Creo que, de momento, no les necesito.
Gracias.

(Los TRAMOYISTAS se van.)
(El ARQUITECTO mira a su alrededor.)

ARQUITECTO.- Presidente, ¿me oye?
El proyecto me interesa. Acepto el encargo.
Estoy seguro de que se puede hacer un buen trabajo.
Estoy convencido que usted y yo vamos a entendernos.
Usted y yo, uña y carne.
Uña y carne.
¿Fue usted el que lo dijo?

RELOJERO.- (Entrando por la izquierda, con su traje gris de hechura antigua.) Fui yo.

ARQUITECTO.- ¿Usted?

(El RELOJERO se pone el guardapolvo gris que está colgado en el respaldo de la silla, se sienta, enciende el flexo y empieza a ordenar el instrumental de trabajo.)

(Se va haciendo el oscuro.)
(La luz del flexo es la última que se extingue.)